

---

XIX

LA verdad es que habiendo ya marqueses con dos artículos, dejarle con uno solo al de Heredia, sería una injusticia irritante.

Injusticia que yo no he de cometer. ¡No en mis días!

Y como soy ejecutivo en todas mis cosas, apenas concluí de formular interiormente este juicio, sugerido por un segundo repaso del tomo de poesías del marqués, con prólogo de Marcelino, cogí la pluma y escribí á lo cimero de una cuartilla *Ripios aristocráticos*, poniendo debajo, en números romanos, XIX, con todo lo demás que sigue hasta el fin de esta línea.

Terminada la cual, cojo de nuevo el libro del marqués de Heredia y le dejo abrirse al acaso.

"*A Julia*," es lo primero que leo en letras gordas en una de las páginas por donde se abre el libro; y debajo de este rótulo hay una *composición*, ó



lo que sea, que tiene tres bemoles. . . . quiero decir, tres seguidillas.

Por cierto que, al leer esta composición en el libro, recuerdo que la he leído antes en un periódico de esos que llaman literarios, y que suelen ser tormento constante de la literatura; y por cierto que allí no estaba dedicada "A Julia," sino "A L."

Lo mismo da.

No hay más sino que por lo visto el señor marqués transfiere sus composiciones poéticas de un ídolo á otro, según van cambiando los tiempos ó las aficiones del dedicante.

Y bien mirado, ¿por qué unos versos como los del señor marqués habían de ser intransferibles?

He oído contar de un arriero asturiano, que pasando por un pueblo de León donde había un abogado de nombradía, entró en ganas de consultarle sobre una cuestión que tenía con un vecino suyo allá en su pueblo. De la consulta resultó que era menester presentar un escrito al Juez, y el consultante quiso que el abogado se le pusiera, para en llegando á su pueblo no tener que hacer más que presentarle. El abogado puso su pedimento en el papel sellado correspondiente y se le leyó en seguida al arriero.

—Pes bien fabladu, señor D. Xuaquín—dijo el astur metiendo la mano en el bolsillo como en ademán de pagar.—mu bien fabladu. . . . ¿y á cómo viende so mercé estos papelinos?

—Esto vale tres duros, dijo el abogado.

—¡Ah, D. Xuaquín! Esu ye muchu dineru, y yo non tengü tantu.

—Pues no puede ser menos.

—Pes entós guarde so mercé el papelino y viéndasela á otro.

Que es lo que el marqués hace con sus versos: los había escrito para L. y cree que pueden servir lo mismo para Julia.

Los versos son así.

“Es tu cariño tierno,  
Dulce amor mío,  
Del alma la esperanza  
Del pecho alivio. . . .”

Me parece, señor marqués, que habiendo dicho: “del alma la esperanza,” estaba usted obligado á decir “del pecho el alivio,” ó viceversa; para decir en el cuarto verso que el cariño de L. ó de Julia (según la época) es “del pecho alivio” debió usted de haber dicho en el tercero “del alma esperanza.” Sino que así quedaba cojo el verso y le fué á usted menester introducir aquel *la*, que es un ripio en toda la extensión de la palabra.

En la segunda seguidilla dice el marqués muy satisfecho.

De la *inconstante* suerte  
No temo el cambio. . . .”

Pues usted verá; pero no deja de ser para temer, sobre todo en tiempo en que gobiernan, por decirlo así, los canovistas, y á lo mejor baja la Bolsa que es un pasmo. . . . En fin:

“De la *inconstante* suerte  
No temo el cambio,  
Que tu amor será eterno,  
Dice tu labio.”



¡Sí, fuese usted de dichos! ¿No sabe usted aquello de la otra seguidilla, mucho mejor que las de usted, que dice:

Palabras de mujeres  
Todas son falsas?

Nada, el marqués no hace caso de observaciones y termina:

“Tu amor me basta  
Porque es la única dicha  
Que anhela el alma.”

Sí, pero eso se lo dijo usted hace unos veinte años “A L.” y ahora se lo dice usted “A Julia;” de suerte que son por lo menos dos únicas dichas las que anhela ó ha anhelado el alma de usted.

Salvo que á L. en la confirmación la mudaran el nombre.

Y cierro el libro. Para que se vuelva á abrir por donde quiera.

Y ¿sabe usted por dónde se ha abierto? Pues por donde hay una *oda* (uso la nomenclatura de usted) á *la muerte*, que dice:

“Á LA MUERTE

No respeta la muerte  
Genio, valor, riqueza ni hermosura:  
*Todo en polvo convierte. . . .*”

Así. . . en correcto francés. Digo, á lo mejor puede ser que no sepa usted francés, pero es lo mismo. La gracia está en escribir galicismos sin saber francés, que lo que es sabiéndolo, y sobre todo sabiendo-

lo mal, cualquiera los escribe. El caso es que usted habrá leído ese galicismo horripilante acaso en algún discurso de Castelar, que también le usa, y se ha enamorado usted de él.

Que es lo que les pasa á todos los malos escritores; enamorarse siempre de lo peorcito.

Como le ha pasado también á *El Imparcial*, que anda publicando en el folletín una novela, *El sacerdote de Themis*, donde hay un personaje que dice:

—“Corriente. Entonces me voy á mi casa, *enfardo todo*, y mañana por la tarde á Madrid.”

Y cuenta que es una novela premiada por *El Imparcial* entre cincuenta y tantas que se presentaron á su certamen.

Por cierto que no deja de ser habilidad abrir un certamen para elegir una novela buena, y, aquí donde todo el mundo escribe bien, si se exceptúan los académicos, acertar á elegir entre cincuenta y tantas una que dice “*enfardo todo. . .*” y “*ponía todo en orden. . .*”

Adelante, señor marqués, adelante:

“*Todo en polvo convierte:*  
*La estrecha ligadura*  
*“Del alma quiebra y rompe su atadura.”*”

Lo cual me parece que es lo mismo. ¿Qué más le da á usted *quebrar la ligadura que romper la atadura*? Usted dirá que también es lo mismo marqués versificador y mal poeta, y se dice de ambos los modos. Y es verdad; pero eso no quita para que la ligadura quebrada ó la atadura rota sean ripio.

Y siga la *oda á la muerte*:



“Ya nos roba el amigo,  
Ya la adorada esposa y el hermano;  
Nada sirve de *abrigo* . . .”

¡Ah! ¿Usted creía que abrigándose bien no se había de morir?

“Nada sirve de *abrigo*  
A su furor *insano*;  
Todo lo hiere con *airada* mano.”

Así se dice: *todo lo hiere*, y no todo *todo hiere*, ni *todo convierte*, como decía usted antes.

Sin que por eso vaya usted á creer que esa estrofa es buena. No, señor; es muy mala. Aparte de lo prosáico de toda ella y aparte de lo del *abrigo*, está mal también lo del *furor insano*, y . . . todo, hombre, todo.

A ver por dónde se abre ahora . . .

Pues ahora se abre por donde hay una oda notabilísima. No porque sea más prosáica que las demás, sino por el título principalmente. Que si todos los epígrafes del marqués son de estilo harto familiar, cual conviene que sean estando los versos casi todos dedicados á asuntos domésticos, este de ahora, por lo llanote y por lo largo, deja atrás á cualquiera de los títulos que solía poner á sus lucubraciones *El Tiempo*.

“Vamos en buena compañía con el rey y con la nación,” ponía una vez el periódico del C. conde por título á un artículo. Pero ¿qué vale esto comparado con esto que sigue?

Á MI QUERIDO AMIGO  
RAMON VINADER

*con motivo de la muerte de su inolvidable hermano gemelo el padre Francisco Vinader. . .*” etc.

Donde no puede uno menos de preguntarse: ¿Qué dejará este marqués para decir en la composición, si todo lo ha dicho ya en el título, hasta el detalle de que el hermano era *gemelo* y hasta el ripio de *inolvidable*?

Cerremos el libro otra vez para volver á abrirle. . .

Ahora se abrió por donde hay un soneto que concluye, después de habernos dicho el marqués que está muy contento en el *retiro*:

“Si un recuerdo de amor turba mi calma,  
Busco mis hijos, los abrazo y *miro*  
Y al calor de la fe revive el alma.”

Los *abrazo* y *miro*. . . Este *miro*, á pesar de ser un ripio puesto para servir de consonante á *retiro*, vale cualquier cosa.

Por lo raro.

Porque lo natural, lo que se le ocurre á cualquiera, es, antes de abrazar, mirar lo que abraza. Pero abrazar y mirar después, creo que ha de ser del todo nuevo. . .

Otro cierre y otra apertura:

“Viví juguete en mis *tempranos* años  
De la mujer que fué todo mi anhelo,  
Y el alma libre de *mortal* recelo  
Lloraba sólo los *ajenos* daños.



La juventud del mundo los engaños  
No sabe *precaver, toma por celo,*  
De la traición el *pérfido desvelo*  
*Ignorando que existan desengaños.*"

No ignoraba yo que existían prosaísmos y ripios en los versos de usted, señor marqués; pero si he de decir la verdad, nunca creí que existieran tantos ni tan enormes.

*¡Ignorando que existan desengaños!* ¿Le parece á usted que eso es poesía?

A más de que tampoco es verdad. ¿No decía usted el otro día:

"Mi premio ha sido uno,  
Saber que hay desengaños?"

Pues si lo sabía usted desde que sacó el premio, ya no lo ignoraba. . . .

Esta vez se abrió el libro por este verso, ó lo que fuere:

"Martirio horrible entrever la dicha. . . ."

Sí, señor, casi tan horrible como entrever los versos de usted. . . . y leerlos.

Y cerrado el libro y abierto nuevamente al azar, me encuentro con esta *oda*, en que el marqués dirige á una, que piadosamente pensando será la marquesa, estas reconvenções:

"¿Por qué mi amor olvidas,  
Y te burlas ingrata de *mis celos,*  
Y necios apellidas  
*Mis mortales recelos,*  
"¿*Mis amantes enojos, mis desvelos?* . . . ."

*Mis, mis, mis. . . .* Si cuando leyó usted por primera vez esta *poesía* tenía usted gatos, no hay que decir el movimiento que se armaría en la casa. Y sigue:

"¿En qué pude ofenderte?  
¿Ha dejado mi alma ni un momento .  
*De adorarte y quererte? . . . .*"

¿Y en qué pudo ofenderle á usted la poesía, para vilipendiar su augusto nombre dándosele á ripios de esa índole? Porque mire usted, que ese *quererte*, si no es ripio, yo no sé lo que es. Porque después del *adorarte*, ¿á qué viene el añadir *quererte*, que es mucho menos que adorar y más frío? ¿A concertar con ofenderte? Pues hubiera usted puesto, en lugar de *ofenderte*, *fastidiarte* (con lo cual no sería mucho más prosáica la estrofa), y así hubiera usted podido poner el *adorarte* después del *quererte*, que era colocación más lógica. A más de que, y esto es lo principal del comentario, qué necesidad tenía usted de enterarnos de todas esas quejas, ni qué necesidad teníamos nosotros de que nos enterara? . . .

A *su olvido* dice el libro por donde se ha abierto esta vez, y debajo de semejante rótulo, hay otras tres *liras* de la misma calidad que las anteriores, por lo cual no quiero copiarlas.

Le cierro y le vuelvo á abrir, y dice:

"LAS LÁGRIMAS

Como el amor es la vida,  
Así las lágrimas son,  
Del sentimiento *medida. . . .*"

¿Del nuevo sistema? . . . . Porque ya sabrá usted



que están prohibidas las otras; la azumbre, verbigracia.

Y por cierto que están muy necias las autoridades en su empeño de aclimatar el sistema decimal, que es también muy necio.

“Del sentimiento *medida*  
Y *sangre* del corazón....  
No brotan del pecho *frío*  
Es un don que *no es del suelo*.  
Llorar no puede el impío;  
Las lágrimas *son del cielo*.”

¡Pues claro!... Desde que dijo usted que no eran del *suelo*, estaba yo viendo que iban á ser del *cielo*. Como que para eso exclusivamente, para decir que eran del cielo, nos había dicho usted antes que no eran del suelo.

Ande usted:

“El fin del llanto es la risa....”

Esto sí que no se entiende bien. Porque por ese sistema habría que decir que el fin de los ripios era la poesía, y no creo que por muchos ripios que escriba usted, llegue á ser poeta. Usted habrá oído decir que la risa suele concluir en llanto; pero la recíproca no siempre es cierta.

“El fin del llanto es la risa;  
Que no es eterno el quebranto;  
Pero al hombre *Dios avisa*  
Que *el* de la risa es el llanto....”

¿*El* qué de la risa? ¿El hombre de la risa, ó el Dios de la risa? Porque al hombre, ó á Dios ó al quebranto puede referirse ese *el* de la risa; mejor que no al fin, que queda allá una legua.

Y luego eso de que es *Dios* el que *avisa*, también es un ripio. ¿Qué necesidad hay de que avise Dios una cosa que se ve todos los días?

Ninguna; sino que había escrito usted el primer verso acabado en *risa*, y para concertar.... *Dios avisa*. ¡Como si Dios estuviera obligado á hacer todo lo que á usted se le antoje para consonante!

Cerremos y abramos otra vez.

Aquí hay un soneto “*Al combate del Callao*.” Y en el soneto un verso que dice:

“Realiza Núñez su envidiable hazaña....”

No crean ustedes que Núñez es el famoso médico homeópata, único Núñez de que ustedes habrán oído hablar. Es Méndez Núñez; sino que el Méndez no cupo en ley, es decir, en verso.

El último terceto dice:

“Hoy vuelves, patria amada, de tu sueño,  
En el mar tu pendón glorioso ondea,  
Y domado á tus pies gime el *chileno*.”

¡Hombre! será el peruano. Porque el Callao, si usted no lo lleva á mal, no es de Chile, sino del Perú.

Pero Vd. oiría hablar del chileno cuando el bombardeo de Valparaíso, y cambia Vd. los puertos.

Y cuenta que la necesidad del consonante no debe ser la culpable del traspiés geográfico; porque reformando como reforma Vd. á su antojo los adjetivos de nacionalidad, lo mismo que dijo Vd. *chileno*, podía Vd. haber dicho *peruano*.

Con lo cual cierro el libro otra vez y no quiero ya volver á abrirle.

¡Basta! ¡basta!



SENTACIONES me dan de creer que tenía razón D. Luis González Bravo cuando llamaba calamidad al ilustre duque de Rivas.

Pues para la literatura lo fué realmente. Por aquello que, al explicar su apóstrofe, decía Don Luis; por haber formado toda una familia de poetas, todos malos.

¡Y malos de veras!

Tan malos, como D. Leopoldo Augusto de Cueto, reciente marqués de Valmar, que es cuñado.

Y como el marqués de Heredia, que es yerno.

Y como el marqués de Auñón, hoy duque de Rivas, que es hijo.

A los dos primeros ya los conocen ustedes como poetas malos. Al último le van ustedes á conocer ahora como peor, si cabe en lo posible.

No crea su excelencia que por haber retirado del comercio su tomito de poesías, es decir, de ripios, se va á quedar en el doble de la manta.



No. Mi trabajo me ha costado hallar muestras que ofrecer á ustedes de su numen; mas como querer es poder, y yo quería, claro es que había de encontrarlas.

Yo sabía que este duque de Rivas, cuando no era más que marqués de Auñón y académico de la lengua, había publicado un tomito de versos, casi todos *baladas*, y todos muy malos sin casi.

Empecé á buscarle [por las principales librerías de la corte, y en unas no habían oído hablar de él, mientras en otras me decían al poco más ó menos: "Sí, aquí se vendía antes, es decir, aquí estaba de venta, que vender precisamente no se vendía, y quizá sea usted el primero que pregunta por él. . . . el primero después del autor, que preguntó varias veces, y como nunca se hubiera vendido ningún ejemplar, los retiró todos, diciendo que los necesitaba para regalar á los amigos. . . ."

—¡Pobres amigos! exclamé yo maquinalmente, y me fuí, si no con la música, con el deseo del libro á otra parte.

A la Biblioteca Nacional, donde el empleado, á quien, papeleta en mano, le pedí el libro del marqués de Auñón, no le conocía, y me remitió al índice. Donde tampoco fué posible hallar noticia del libro del marqués, porque, ó no existía allí, ó lo que es más probable, no estaba todavía clasificado, lo cual nada tiene de particular si se atiende á que sólo hará unos diez años que entró en la Biblioteca.

¿Qué hubieran hecho ustedes en este caso? . . .

Mas lo que importa es saber lo que hice yo, y lo que yo hice fué seguir impertérrito buscando el libro.

Discurrí pedirsele á un ilustre poeta amigo mío, que lo es (las dos cosas, mi amigo y poeta) á pesar de ser académico, y á quien, por esta última cualidad, debía de habersele regalado el duque.

Así era, en efecto; mi amigo tenía el libro; sino que cuando le dije lealmente el objeto con que se le pedía, no quiso dármele.

Ustedes creerán que aquí desistí ya de mi propósito, pues la verdad es que cualquiera con esta serie de fracasos se aburre y deja el libro para no volver á acordarse de él en su vida.

Pero precisamente por eso no me aburrí yo, porque yo no hago nunca lo que hace cualquiera. Yo me propuse hacerme con el libro, no *hacerme del libro*, como dice bárbaramente la Gramática de la Academia, y lo conseguí, sin que les importe á ustedes saber cómo ni dónde.

Y allá va la primera muestra:

#### ‘A UN ÁRBOL

BALADA. . .”

Carácter distintivo de casi todos los marqueses versificadores: dirigirse á los árboles y *balar* (metafóricamente). Cuál, es á una encina, cuál es á un olmo, cuál á un pámpano; este de ahora no se mete en botánicas, no clasifica el árbol, objeto de sus tiros poéticos; se dirige simplemente á *un árbol*; ama la especie, y pregunta:

“Árbol, ¿por qué del campo en la llanura  
Siempre *mis pasos* á buscarte van. . . .”

Pero, hombre, eso mejor lo sabrá usted. ¿Qué sa-



be el pobre árbol lo que pasa por el interior de usted cuando usted le busca?

“Árbol, ¿por qué del campo en la llanura  
Siempre mis pasos á buscarte van,  
Y al contemplar tu pompa y galanura  
Siento en el alma *inextinguible afán?* . . .”

Digo lo mismo que antes, señor marqués. ¿Cómo ha de saber el árbol las intenciones de usted ni sus aficiones? Eso, si Vd. quiere ser franco, díganoslo Vd.; ¿por qué va Vd. siempre ó se van los pasos de Vd. á buscar el árbol, y por qué siente Vd. ese afán al ver la pompa y la verdura del árbol? Pero al árbol no se lo pregunte Vd., porque eso no es más que gastar tiempo. ¿Qué sabe él, el infeliz, de esas cosas? Lo mismo que Vd. de otras muchas. . . .

Pero siga usted preguntando:

“¿Por qué si el huracán en *raudo giro*  
Tu ramaje *columpia con furor*  
Dentro del alma á mi pesar suspiro. . . .?”

Pues claro que á mi pesar suspirará usted, como todo el que suspira; porque me parece que nadie suspira por gusto. Lo que se suele hacer por gusto es columpiarse, y por eso lo de *columpiar con furor* es otro ripio, porque no le sienta bien el *furor* á ese verbo. Y otro ripio es también lo del *raudo giro*.

“Acaso, *acaso* en tu lozana vida  
Algún misterio el corazón verá. . . .  
(*Eso usted lo sabrá.*)

Tal vez mi suerte á tu existencia unida  
Por impalpable vínculo estará.

(*Quizá. . . quizá. . . quizá. . .*)  
¡Quién sabe si darás á mis amores  
*Fresca sombra en tu verde pabellón. . . .*  
(*Verde suposición.*)  
Si sentiré *cubierto* con tus flores  
De un ángel palpar el corazón!”  
(*Vamos, moderación.*)

Pero cubierto usted, ó el corazón del *ángel?* . . . .

*Tal vez robusta y poderosa lanza*  
Tus vástagos *gigantes* me darán;  
*Tal vez* cuando se logre mi esperanza,  
Ramos tuyos mi sien coronarán.”

¡Ah! ¡Era un roble! . . .

Y vamos á otra *composición*, ó lo que resulte.  
Se titula *Dos ángeles*; pero ya verán ustedes cómo no parece ninguno. ¡Para ángeles está el tiempo!

#### “DOS ANGELES

##### FANTASÍA

*Vidi cuncta quæ fiunt sub sole, et  
ecce universa vanitas et afflictio spiritus.*

El tema, como ustedes ven, es bastante apropiado, porque empezar á leer unos versos de duque es una verdadera aflicción de espíritu, que dura hasta que se acaban, por lo menos.

¡Ánimo, y adelante! La fantasía del marqués va dividida en párrafos con números romanos de esta manera:

##### I

“*Ya* media noche. . . .”



¡Buen principio!

“Ya media noche: de tinieblas lleno....”

Lo raro sería que á media noche estuviera lleno de luz; las tinieblas, á esa hora, no tienen nada de maravilloso. Si fuera á medio día....

“Ya media noche: de tinieblas lleno  
El mundo duerme, el universo calla....”

Naturalmente, como suele decir *La Correspondencia*; si el mundo duerme, es natural que calle el Universo, ó sea el mismo mundo. Como no fuera que hablara en sueños como el marqués de Cabriñana... Pero eso no les sucede á todos.

“Ya media noche: de tinieblas lleno  
El mundo duerme, el universo calla....”  
Sólo en su cárcel *lóbrega de cieno*  
(*¡Ave María Purísima!*)  
Mi *inextinguible* espíritu batalla.”

¡Inextinguible! También era *inextinguible* el afán que usted sentía en la otra balada al ver el árbol. ¡Qué afición á lo inextinguible!....

“¡Muda yace la selva!....”

¿Y para eso pone V. admiraciones? Me parece que no es cosa muy de admirar que la selva esté desnuda, cuando ya sabemos, porque usted mismo nos lo ha dicho, que duerme el mundo y calla el universo, de los cuales no es la selva más que una partecita insignificante. Todo el que calla yace mudo, á lo menos provisionalmente.

“¡Muda yace la selva! en la espesura  
Ni el viento gime ni *lamenta* el ave....”

Ni *se lamenta* querrá usted decir; pero bien excusado era de todos modos, porque después de haber dicho que yacía muda la selva, todo lo que sigue es hablar por hablar. Figúrese usted que el viento gimiera ó *lamentara* el ave.... ya no estaba muda la selva.

“Ni del piélago en calma la llanura  
Rompe la quilla de velera nave.”

Lo cual, á más de ser ripio, no es verdad; porque á todas horas del día y de la noche andan barcos. Y sobre todo, usted no podía saberlo. ¿Cómo sabe usted que á aquella hora no andaba por el mar ningún buque? Siga usted:

“¡Todo silencio!....”

Pero, hombre, ¿no va V. á concluir nunca de decirnos que no había ruido? ¡Le digo á usted que ya estamos enterados! ¿Hasta cuándo va V. á estar repitiéndonos la misma cantinela?

¿*Quosque tandem?* como dice Santiago Liniers, y eso que el pobre presume de erudito.

Pero peca por donde tantos otros, por meterse en idiomas que no conoce.

Es verdad que, quizá por esto mismo de no conocer el latín, no ha podido enterarse de los saludables consejos que daba Horacio á los Santiagos de su tiempo, sobre todo el de que se tentaran las fuerzas para ver con lo que podían.

Aunque lo mismo vino á decir nuestro buen Iriar-



te en la fábula aquella del perro que quiso cambiar el asador por la noria:

Que se vuelva le aconsejo  
A voltear su asador,  
Que esta empresa es superior  
A las fuerzas de un gozquejo.

Vuélvase también *Jacques de Lineros* á voltear el asador de la cocina mestiza, que es lo positivo, y cuide de no meterse más en latines.

O, según frase muy popular, aunque desconocida de los académicos, de no estirar la pierna más de lo que alcanza la manta.

Pues aun cuando la manta literaria de Santiago alcance muy poco, más le vale contentarse con eso poco que no destaparse y merecer algún otro cosque como el que merece por el *quosque* que él ha dado á la gramática.

Diga usted algo nuevo, señor marqués.

“¡Todo silencio! *Colosal* el monte  
Levántase *de bruma* revestido;  
Allí será más ancho el horizonte  
Y el pensamiento volará *perdido*.”

¡Y tan perdido! Alguna vez había de decir usted la verdad.

“¿Qué me detengo?...”

Pues no se detenga usted. . . .

“¿Qué me detengo? En la *riscosa* cumbre  
Viento más puro *batirá* mi frente. . . .”

Me parece que la debe usted de tener bastante

batida, á lo menos por dentro. Juraría que tiene V. los sesos hechos agua. . . .

“Y *tal vez* de los astros en la lumbre  
Hallará luz mi *tenebrosa* mente.”

Tal vez. . . . Pero creo que no. En fin, siga usted y veremos.

“¿Cuánta maleza! . . . .”

Así es. ¡Cuánta maleza poética! es decir, ¡cuánto ripio! Y, á propósito, ¿han visto ustedes á alguno de los *dos ángeles*?

“¿Cuánta maleza! ¡qué áspero camino!  
*Pavor me causa* la tiniebla muda. . . .”

¿Y qué no nos causarán á los demás esos prosaismos de V? Crea V. que de veras es muy áspero el camino del que va leyendo sus versos.

“¿Cuánta maleza! ¡qué áspero camino!  
*Pavor me causa* la tiniebla muda. . . .,  
Ayer dudaba del poder divino. . . .”

¡Cál no le crean ustedes. Lo dice el duque por echárselas de calavera, ó por no haber hallado otra idea con que llenar un verso; pero no es verdad, siempre ha sido el duque una buena persona.

Salvo lo de haberse prestado, *pro sueldo lucrando*, á ser el segundo embajador ó ministro plenipotenciario en el Quirinal, cerca del usurpador sacrílego Víctor Manuel, llamado Rey de Italia. Lo cual en un hombre de ideas liberales exaltadas se explicaría, pero en un moderado, casi beato, que se



las echaba, como el marqués de Auión, de devoto del Papa, fué cosa muy fea.

Conste, señor marqués, que yo no creo que nunca jamás haya dudado usted del Poder divino. ¡Si no es posible! Como que es usted un milagro andando....

Y se continuará, porque este artículo va siendo ya muy largo, y del marqués de Auión hay todavía que decir muchísimo.

## XXI

Entramos en el *párrafo segundo* de la *fantasia* de los *Dos Angeles*, de D. Enrique Ramírez de Saavedra, antes marqués de Auión y hoy duque de Rivas.

¡Párrafo segundo!....

¡Fantasías divididas en párrafos!

Entramos en el párrafo segundo.

En donde nos encontramos de buenas á primeras con la siguiente ferocidad, y el marqués perdona el calificativo:

“¿Dónde está la justicia  
Del brazo Omnipotente?  
¡O condenó á los *miseros*  
Humanos *inclemente*  
Al *crimen* y al dolor....”

Eso de que la justicia del brazo Omnipotente condenó á los miseros humanos al dolor, está bien.